

España. Dos franciscanos murcianos, el P. Luis Godínez y el P. Manuel Malo, son figuras señeras de aquella restauración que comenzó en los colegios misioneros de Priego y Santiago, y continuó en Cehegín y Orihuela. Riquelme concluye su excelente historia con este comentario: «A la sombra de estas instituciones misioneras, la Provincia de Cartagena recobró nuevos bríos para relanzar nuevamente sus actividades apostólicas, culturales e intelectuales, abriendo con inusitada celeridad los que habían sido cerrados por la exclaustación».

La obra, en suma, presenta una documentación de primer orden, en el ámbito regional murciano, para la comprensión del período y temática señalados. Así como las tablas demográficas y relaciones de conventos y de religiosos, insertadas en la obra, mapas, fotografías, como el índice analítico, en una obra de estas características, se convierte en imprescindible.

Finalmente, hay que agradecer a la Caja de Ahorros del Mediterráneo la financiación de esta investigación, insertada en el Convenio que el Instituto Teológico Franciscano mantiene con esta entidad financiera de Murcia.

Manuel Revuelta González

RUBIO, Javier: *España y la guerra de 1870*. Biblioteca Diplomática Española (Ministerio de Asuntos Exteriores). Madrid. 1989, 1.118 págs.

Este libro es mucho más de lo que su título indica. Es una fundamental contribución al conocimiento de las relaciones exteriores europeas coincidiendo con el forjamiento de la Europa bismarckiana y la introducción de un orden internacional llamado a perdurar por espacio de medio siglo. A su vez la obra viene a llenar plenamente una importante laguna de la historiografía española sobre el tema, tan parca en aportaciones previas, y acaso sin otro precedente reseñable que la tesis doctoral de J. Salom Costa, *España en la Europa de Bismarck*, publicada hace ahora veinticinco años –1967– y circunscrita al período inmediatamente posterior al estudiado por J. Rubio, el comprendido entre 1871 y 1881.

Pero sobre todo el libro reseñado es la primera investigación fundamentada y coherente de la angular función asumida por España en los orígenes y desarrollo de la guerra franco-prusiana, un acontecimiento llamado a variar el curso de la historia, y que en lo que concierne a nuestro país, determinaría decisivamente el papel asignado a España en el nuevo orden internacional en el tercio final del XIX, y todavía en mayor medida las siempre nucleares relaciones bilaterales mantenidas con Francia, por cierto frías y distantes –cuando no tensas y difíciles– siquiera hasta 1900.

El autor abre su monografía con un análisis en profundidad del interregno español

suscitado en septiembre de 1868 con el derrocamiento del régimen de Isabel II, inviable y agotado en sus posibilidades desde el momento en que la reina se identifica con un solo partido, el Moderado. Como quiera que la totalidad de las fuerzas políticas que hicieron la revolución eran monárquicas –los Progresistas y Unionistas–, sin otra excepción que el Partido Demócrata, agrupación más reciente y modesta, y hasta el momento de ideología republicano-federal, no tardó en plantearse la conveniencia de buscar un sustituto a la hija de Fernando VII, toda vez que la opinión nacional se manifestó mayoritariamente en sentido monárquico en las elecciones a Cortes constituyentes de 1869, tendencia recogida por la Constitución del mismo año, que en cierta forma no era otra que la «non nata» del 56, con algunos retoques de signo democrático, para complacer a los seguidores de Nicolás María Rivero, atraídos a la Monarquía, en tanto se excluía sin contemplaciones a los republicanos irreductibles, hasta el momento firmes colaboradores en la obra revolucionaria.

Se entiende que Prim, dueño real de los destinos de la nación, sujeta inicialmente a un régimen «innominado» tras la marcha de Isabel, no tardara en despejar incógnitas, desechando la opción republicana auspiciada por la pequeña clase media de las ciudades mercantiles mediterráneas, que con su concurso dieran en su momento visos de revolución a lo que, en definitiva, no pasaba de ser un pronunciamiento más de generales, tan frecuentes en el acontecer español ochocentista. El severo revés republicano en las primeras elecciones del Sexenio y la promulgación en el 69 de una Constitución monárquica facilitarían a Prim y a sus aliados argumentos éticos e instrumentos legales para desembarazarse de sus incómodos compañeros de viaje. Logrado esto, no sin cruentas represiones, y asegurado un proceso institucionalizador acorde con los deseos de la mayoría monárquica, el político catalán y sus colaboradores se afanarán durante dos largos años en el arduo empeño de buscar el candidato idóneo para el flamante trono democrático español.

A la vista del lector, y en apretada síntesis desfilan a lo largo de una decena de densos capítulos una multiplicidad de combinaciones y candidatos. Comenzando por Antonio de Orleans, duque de Montpensier y cuñado de Isabel II, que aun contando en su haber con el apoyo de Topete y de varios generales unionistas, y la evidencia de haber financiado el derrocamiento de su cuñada –aunque con el deliberado propósito de sustituirla–, verá pronto mermadas sus posibilidades por su nulo carisma popular y por la decidida oposición de sus numerosos enemigos personales –en particular desde que diera muerte en un duelo al infante don Enrique, personalidad próxima al omnipotente progresismo–, pero sobre todo por el veto de Napoleón III al hijo de Luis Felipe, y en particular lo que Rubio conceptúa certeramente como «sorda y continua oposición de Prim». Entendía éste no sin cierta lógica que la Gloriosa, con los sacrificios que había conllevado, no había sido hecha para sustituir un Borbón por otro Borbón.

Se pensó a su vez en el joven duque de Génova y en varios hijos del rey Víctor

Manuel de Italia, candidaturas que por el momento no prosperaron, como tampoco la más interesante de Fernando de Sajonia-Coburgo, rey viudo de Portugal, de irreprochable comportamiento constitucional en este país y cuya familia había sido instalada ya en los tronos del Reino Unido y Bélgica, y por todo ello apoyado por los progresistas e incluso por los demócratas monárquicos, esperanzados en lograr así la unidad ibérica, pero que se mostró poco receptivo y finalmente no aceptó, consciente de las dificultades que conllevaba la ocupación del trono español en tan difíciles circunstancias y de la marcada frialdad que su candidatura había suscitado en Francia, y sobre todo en Gran Bretaña.

Javier Rubio se ocupa seguidamente de otros candidatos. Desde las imposibles opciones del hijo de Isabel II y del pretendiente carlista –el ya titulado Carlos VII– a las exóticas candidaturas buscadas en Escandinavia, pasando por toda una serie de nombres y especulaciones conectadas a la prácticamente totalidad de las cortes europeas, sin olvidar alguna otra no por doméstica menos pintoresca. Como la de don Baldomero Espartero, muy popular y que vivía retirado en Logroño, a quien también fue ofrecida la corona, pero que, viejo y sin descendencia, tuvo el buen sentido de no aceptar. La serie se cerraría con la figura de Amadeo de Saboya, duque de Aosta e hijo segundo de Víctor Manuel, candidatura firmemente apoyada por Prim y que logró sacar adelante al término de intensas negociaciones internas e internacionales, con el dramático epílogo del asesinato del general, cuestión todavía no dilucidada por entero pese a valiosas aportaciones como la de A. Pedrol Rfús, pero sobre la que ahora se arroja nueva luz a la vista de documentación original aportada por Rubio, que apunta en dirección de Montpensier como principal inductor, sin perjuicio de que se diesen otras complicidades.

El interregno español y la búsqueda de un rey para España, asunto tratado con una profundidad y clarividencia sin precedentes a la vista de la documentación consultada en una veintena de archivos europeos, viene a ser como extenso y necesario preámbulo a la temática central de la obra: la candidatura Hohenzollern y el conflicto franco-prusiano. El autor ha realizado una documentadísima investigación sobre tan complejo asunto, a base del estudio e interpretación de un ingente cuerpo de fuentes de primera mano disperso por numerosos archivos europeos desde Viena a Londres y desde Estocolmo a Madrid y Lisboa, aparte de la utilización de repertorios documentales impresos y cuantiosa bibliografía extranjera, dado que la española incidente sobre el tema resulta más bien escasa. Esta ausencia ha sabido suplirla con acierto mediante la consulta sistemática de las ricas series de fuentes hemerográficas disponibles.

Resultado de todo ello es un sólido trabajo de alta investigación que ilumina en su conjunto y en sus detalles una temática bastante oscura hasta el momento no obstante su manifiesta trascendencia, por haber sido el detonante buscado por Bismarck para desatar la crisis llamada a introducir fundamentales variaciones en el panorama político internacional. Rubio analiza paso a paso, y con impecable precisión, todo el proceso,

que va desde los precedentes inmediatos y el planteamiento general de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, como es sabido perteneciente a una rama católica de la dinastía prusiana, al lanzamiento de tal candidatura, y el seguimiento de las incidencias que acompañaron a la misma, día a día, hasta en sus menores detalles, no sólo escrutado el asunto desde Madrid, Berlín y París, las tres partes más directamente interesadas, sino también contemplado en un contexto internacional más amplio.

En Francia la eventualidad de ver entronizada en España a la casa Hohenzollern levantó por parte de Napoleón III una oposición cerrada por entender que un alemán en el trono español alteraría el equilibrio europeo en favor de Prusia. La candidatura fue retirada, pero Bismarck, que deseaba el triunfo militar sobre Francia, para acelerar y completar el proceso de reunificación alemana, con la consiguiente hegemonía germánica en el continente, explotó hábilmente tanto la desconfianza francesa como un cúmulo de errores de Bonaparte y de sus ministros, para suscitar el incidente que desencadenó el conflicto y la consecución de sus secretos designios. Rubio desmonta la tenaz leyenda circulada por la historiografía francesa de una supuesta «intriga hispano-prusiana» para provocar la guerra, intriga que se suponía ideada por Bismarck en complicidad con Prim. Lo infundado de tal atribución, puesto ya de manifiesto en su momento por Salom Costa, es ahora definitivamente probado, y por tanto el político español exonerado de toda responsabilidad.

A su vez quedan plenamente demostradas las preocupaciones irenistas de don Juan Prim –acaso con Cánovas nuestro principal hombre de Estado en el XIX– no sólo con ocasión de los turbios manejos diplomáticos que precedieron al conflicto franco-prusiano, sino también por sus esfuerzos para detenerlo una vez iniciado, esfuerzos que en determinado momento estuvieron a punto de lograr una solución pacífica de la crisis, y luego por su voluntad pacifista e independiente al negarse a aceptar tanto la propuesta de alianza que le hizo Bismarck al iniciarse la contienda como la del gobierno francés de Defensa Nacional, en el momento en que la situación de Francia era desesperada. Ambas negativas determinarían en considerable medida el aislamiento internacional de España en las tres décadas siguientes, pero al propio tiempo, como ha subrayado J. M^a. Jover, hay que buscar en ellas el precedente inmediato de la neutralidad española en los grandes conflictos europeos del siglo XX.

Alguna observación de tipo formal, como la conveniencia de incorporar a la introducción las extensas «Consideraciones generales» que preceden al sólido apéndice de 250 documentos, es cuando a mi juicio cabe apostillar a esta espléndida monografía, de metodología impecable, sugestiva lectura y novedosos contenidos, cuyo manejo es simplificado por sendos índices de fuentes inéditas, impresas, hemerográficas y bibliográficas, y por unas tablas cronológicas de manifiesta utilidad.

Juan Bta. Vilar